

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Órgano del Asilo para pobres transeuntes :: Publicación mensual.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.-SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

La palabra de Dios.

El que tiene misericordia enseña y amaestra, como el pastor a su grey. Se apiada del que recibe la doctrina de su misericordia y del que se apresura en sus juicios.

Hijo, en el bien no des motivo de queja, y en todo don, no entristezcas con palabra mala. ¿Acaso el rocío no templará el ardor? Así también la palabra es mejor que el don. ¿No veis que la palabra es mejor que un buen don? Mas lo uno y lo otro, con el hombre justificado.

El necio impropera con aspereza, y el don del indisciplinado hace consumir los ojos.

Antes del juicio, prepara para ti justicia y antes que hables, aprende.

Antes de la enfermedad, aplica la medicina y antes del juicio, pregúntate a ti mismo, y delante de Dios, hallarás gracias.

Antes de la dolencia, humíllate y en el tiempo de la enfermedad, da muestras de tu conducta.

Nada te impida de orar siempre y no te avergüences de justificarte hasta la muerte, porque el galardón de Dios permanece para siempre.

Antes de la oración, prepara tu alma y no seas como hombre, que tienta a Dios.

Acuérdate de la ira en el día de la consumación y del tiempo de la recompensa, cuando vuelva la cara.

Acuérdate de la pobreza en el día de las riquezas.

De la mañana a la tarde se mudará el tiempo, y todas estas co-

sas son aceleradas en los ojos de Dios.

El hombre sabio temerá en todo, y en los días de los delitos se guardará de la flojedad.

Todo prudente conoce la sabiduría y él dará alabanza al que la hallare.

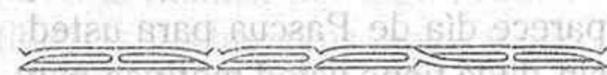
Los cuerdos en las palabras, obraron también con sabiduría y entendieron la verdad y la justicia, y derramaron como lluvia, proverbios y sentencias.

No vayas en pos de tus concupiscencias y apártate de tu propia voluntad.

Si contestas a tu alma en sus apetitos, hará que seas el gozo de tus enemigos. No te deleites en los bullicios, ni aun en los pequeños, porque se falta en ellos continuamente.

No te empobrezcas tomando a usura por competir, mientras que nada tienes en la bolsa, porque serás envidioso a tu vida.

(Del *Eclesiástico*, cap. XVIII, v. del 13 al 33).



La caridad.

He aquí la virtud sublime por excelencia, divino y prolífico germen, ya que Dios es caridad, amor y benevolencia, para los creados seres racionales. Es la reina de las virtudes y como el brazo derecho de la gracia santificante, con quien, en excesivo quizá, pero cariñoso raptó, muchos católicos doctores llegan a confundirla, ateniéndose, sin duda, a que varios sagrados textos la atribuyen idénticos efectos; es la mayor, no sólo entre las virtudes

morales, sino también de las teológicas, puesto que si la fe y la esperanza la preceden en el orden y miran a Dios como bueno para nosotros, como verdad infalible que nos comunica sus luces y como bondad inefable que nos promete su gracia y su gloria, no la aventajan en excelencia y perfección, ya que ésta mira a Dios como bueno en sí mismo, como suma bondad digna de todo nuestro amor; del de todas las demás criaturas y de infinitas más si las hubiera, y notorio es, que la fe y la esperanza son temporales, cesando su objeto y motivo, cuando en la bienaventurada patria gocemos a Dios sin límites ni temores, precisamente cuando llegará la caridad al colmo de su perfección, cuando el alma, justificada y glorificada, se embriagará y anegará en el amor inmenso de Dios, sin tibiezas ni alternativas, sino con incesante y fervoroso ardor; es, perpetuo, por decirlo así, el nervio y la quintaesencia del cristianismo. La que informa nuestros actos, los eleva al orden sobrenatural y los hace meritorios y capaces de celeste recompensa, verdad que confirma San Pablo en la primera carta a los de Corinto (13-1), con las más insinuantes comparaciones que a sí mismo se aplica.

Si yo hablase—dice—lenguas de hombres y de ángeles y no tuviese caridad, soy como metal que suena o campana que retiembla; y si tuviese el don de profecías y supiese todos los misterios y ciencias, y aunque tuviese tanta fe que trasladase los montes, nada soy si no tengo caridad; y si distribuyese todos mis bienes a

los pobres y entregara mi cuerpo a la hoguera, si no tengo caridad, nada me aprovecha. Con esta energía hace ver el Apóstol la necesidad de la caridad; tan útil y saludable es esa virtud excelsa, paciente y benigna, que nos inclina y arrastra al amor de Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Dios; tan fecunda es en frutos de santidad esa virtud divina, celeste y difusiva, que el mismo Cristo practicó toda su vida, por la que pasó haciendo bien y preconizó con ígneos caracteres en aquella conocida sentencia: «He venido a traer fuego a la tierra y tengo vivísimo interés en que se difunda y se inflame»; tan recomendable es esa virtud humilde, benéfica y obsequiosa, antídoto eficaz contra el inclemente y glacial egoísmo, causa generatriz del pavoroso problema social, cuya atenuación o extinción en vano persiguen los modernos licurgos mientras no modelen sus actos, leyes y constituciones en esta virtud egregia; y así es que la ley amorosa del evangelio, eminentemente civilizadora, desterró el paganismo, la esclavitud y la barbarie, y la egoísta y árida del individualismo fomentó los errores y horrores que presenciamos.

En este volcán amoroso, en este santuario de la clemencia, se inspiró sin duda, el insigne Cura de Valdecarros, al fundar su original Asilo; a las benéficas aguas de esta prodigiosa fuente que, a raudales, brota consuelo, dulzura y cariño, aplicó sus compasivos labios, para calmar en lo posible las famélicas torturas del pordiosero y atender a sus espirituales indigencias; y los asilados, a fuer de agradecidos, entretendrán con sus oraciones y plegarias, una preciosa guirnalda con que el Justo Juez orlará las frentes del benemérito fundador y piadosos cooperadores a esta meritísima obra, en aquel día tremendo que el mundo oirá aquella soberana sentencia: Venid, benditos de mi Padre, a

poseer el reino que os tengo prometido, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, lo cual hicisteis conmigo cuando socorristeis a estos menesterosos.

JULIÁN HERNÁNDEZ

La cruz de mi párroco.

Fuí a visitarle a las doce en punto. Me recibió en el acto en su despacho, donde repasaba las cuentas del Asilo, del cual había salido media hora antes. La sonrisa, en él habitual, con la cual trata de ocultar sus crónicos padecimientos, parecía más acentuada que de ordinario; ya por la mañana había yo notado en la parroquia su alegría especial, cuando exhortaba a los niños de las escuelas a seguir sin desmayo sus fervorosas comuniones todos los primeros viernes de mes.

Terminó la tarea en la iglesia a las nueve y media y a las diez ya estaba en el Asilo, donde rezó el ofrecimiento de obras, hizo su acostumbrada homilía a los mendigos, presidió la comida, escuchó las lecturas de los catequistas, dirigió la oración por los bienhechores de la obra y se despidió de sus queridos pobres hasta el día próximo.

—Señor Párroco —le dije— hoy parece día de Pascua para usted; sin duda tiene usted motivos muy poderosos para dar muestras de una satisfacción que no ha podido usted disimular. ¿Ha recibido usted algún donativo extraordinario a favor del Asilo?

—No, amigo mío; pero es verdad que estoy muy contento y satisfecho. Dos motivos especiales tengo para ello: el primero es que, al repasar las cuentas del Asilo, he podido comprobar el riquísimo tesoro que tienen ya en el reino de los cielos todos los bienhechores de la obra; en EL MENDIGO irá publicándose la estadística completa. El segundo motivo me lo

proporciona la visita que acabo de recibir de una amiga, que ahora está oculta en esa alcoba que me sirve de dormitorio.

Miré, con mal disimulada curiosidad, hacia la entrada de la alcoba; pero, cubierta con sencillas cortinas blancas, nada pude ver y me limité a encogerme de hombros, con la estupefacción pintada en el semblante. El señor Párroco se levantó de su asiento y me dijo:

—Pase usted a mi dormitorio y verá a mi amiga.

¡Dios eterno! ¡Qué impresión recibí! Frente por frente de la pobre cama, apareció colgada en la pared una cruz de un metro de alta, de tal manera dispuesta, que hay que estarla viendo siempre desde el lecho.

—Vea usted, vea usted: se trata de una cruz, modesta y sencilla, que se colocará en mi sepultura; pintada y todo, como usted la ve, no ha subido su coste de doce pesetas; en la parte superior llevará una placa pequeña con esta inscripción: «Ubi crux, ibi Patria»: «Donde está la cruz, allí la Patria». En ese disco de la parte inferior, se pondrá este o parecido epitafio: «Luis, cura rural, nació, vivió y murió pobre; fundó en Valdecarros un Asilo para mendigos transeuntes, y falleció el día... de... de... Rogad por él».

—¿Qué significa esto? ¿Tan pronto quiere usted dejarnos?

—Amigo mío, la hora de la muerte está reservada al Señor; creo, sin embargo, que no tardará mucho, y por eso tengo ya hechas las despedidas que recomendaba San Francisco de Sales, y voy haciendo mis preparativos; mi pobre cadáver se queja del trabajo, tal vez por el crónico padecimiento que sufre hace más de veinte años.

—Pudiera usted equivocarse; los mendigos, los feligreses y muchos entusiastas de la obra, rogamos al Señor por su salud.

—Y yo agradezco mucho esa

obra de caridad, pero me conozco mucho a mí mismo, y por eso jamás he pedido a Dios me libre de la enfermedad que me ha enviado. Cristo fué al cielo por el Monte Calvario y nosotros no podemos ir por otro camino. La cruz en que se obró el misterio de nuestra redención, es nuestra divisa de cristianos, es nuestra señal; la Santa Madre Iglesia lo ha entendido así y por eso quiere que sus ministros no la pierdan de vista un solo momento; siempre llevamos la cruz sobre nuestros pechos; con la señal de la cruz comenzamos la jornada del día; en la santa misa hacemos esa señal muchísimas veces y otro tanto pudiera decirse del oficio divino, administración de sacramentos, bendición de la mesa, et cétera, etc. Me faltaba estarla viendo desde el lecho y la he adquirido, porque a cada momento me recuerda mi próximo fin, y ya usted sabe lo que dice el *Eclesiástico*, cap. 7.º, v. 40: «Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás».

—¿Y no podría usted, con salud perfecta, trabajar más por la gloria de Dios?

—Amigo mío, cada uno cuenta de la feria según le va en ella; podría, en efecto, pero no sé si lo haría; una triste experiencia de mi vida me dice que no; cuando gozaba más salud, en otras parroquias, montaba muy buenos caballos, era algún tanto aficionado a la caza, salía de casa con frecuencia a visitar a mis compañeros y amigos, y el resultado de todo esto era perder muchísimo tiempo; desde que estoy enfermo, ni necesito caballería, ni he vuelto a tomar en mis manos la escopeta, ni salgo de casa; ya puede usted figurarse cuántas gracias tengo que dar al Señor por mis padecimientos y la necesidad en que me veo de pedirle me los conserve. No es que huya del trabajo, sino que pido al Señor dé a sus obreros lo que más convenga a

cada uno; a mis fervorosos hermanos en el sacerdocio, salud completa, ya que, de todos modos, la han de emplear en el servicio de Dios, y a mi, enfermedad, pues tengo la seguridad de que ella me ayuda a hacer lo poco que hago por su gloria.

Es preciso, amigo mío, desengañarnos a tiempo, de que la Cruz nos lleva al Reino.

Visité en una ocasión un pueblo piadoso, en el cual había caído un gran premio de la lotería nacional; parecía que se habían vuelto locos los favorecidos por la fortuna; la banda de música recorría las calles; los cafés y tabernas recibieron más visitas que la casa de Dios.

En otra época, y siendo estudiante todavía, visité otro pueblo de muy crecido vecindario, que acaba de sufrir el azote del cólera morbo: entre otros muchos, murieron gloriosamente, víctimas del deber, el señor Párroco y su Coadjutor. Dos Religiosos estaban de momento encargados de la Parroquia, llena de fieles a todas horas. Hizo el Notario en aquellos días más testamentos que en los cuarenta años precedentes; los confesores ocupaban su puesto desde las cuatro de la mañana. Y dije: he aquí el mundo siempre igual: es enemigo de nuestras almas: por algo lo constituimos los hombres malos y perversos, como dice el Catecismo, y saqué la consecuencia de que nos venimos ocupando: las prosperidades nos alejan de Dios y las que llamamos desgracias, nos llevan por el camino real de la Cruz, único seguro. Tal vez por esto dijo el Señor: *Ego, quos amo, arguo et castigo*. (Apoc. 15.)

Calló mi queridísimo Párroco, y como entendí que había terminado, me levanté, y siguiendo mi antigua costumbre, le besé respetuosamente la mano derecha, que se alza todos los días para bendecirnos, y me despedí fuertemente impresionado. Lo notó mi bue-

na, esposa y sin darme lugar para sentarme a la mesa, me dijo:

—¿Cómo tardas tanto? ¿De dónde vienes? ¿Qué te pasa?

—Vengo de casa del señor Cura.

—¿Está peor?

Yo creo que no, o puede que sí; me parece que la vida que le queda está reconcentrada en su mirada viva y penetrante y algo también en la lengua.

—¿Por qué dices eso?

—Porque en las muchas veces que le he oído, nunca ha estado más elocuente y dicen que el cisne canta mejor cuando va a morir.

HIPÓLITO PORTELA FERNÁNDEZ.
Valdecarros, Abril de 1917.

CUENTO CORTO

Hijo del pueblo.

Allí... Entre los mantos de nieve que el invierno prodiga, reclinado en suave accidente del terreno, se alzaba un montoncito de casas, que constituían la aldea. Cuando nosotros la vimos, su conjunto ofrecía un aspecto de soberbia belleza, belleza sin afeites, belleza extraordinaria; las nieves la habían envuelto en gasas blanquísimas, y ella, como adormecida, parecía descansar. La observamos desde lejos, al mismo tiempo que se hundían insensiblemente nuestros pies en el suelo húmedo, cubierto también del mismo blanco purísimo, sobre el que se veían asomar, ateridas, las puntas negro-verduzcas de las plantas de los sembrados.

Una ligera reflexión nos hizo volver en sí: el verano vendría y aquella lluvia, aquella nieve y aquellas brumas las convertiría en el oro de las mieses, que dijo el poeta, y los carros del pueblo, tirados por bueyes con cencerros, atravesarían la plaza bien repletos de costales de grano y dejarían tras de sí el eco pintoresco de las canciones de los gañanes, que con alegría sin igual, entonan por aquella época...

En una de las más pobres viviendas de aquella aldea (no sé si la más), vivía Antoñito, niño de seis años, de rostro rubio y cabellos rizados por la naturaleza. Con él vivía su madre y dos hermanitas, de dos años una y tres la otra. El padre no existía ya. En busca de trabajo había partido, y aunque poco remunerado, lo halló en una línea férrea en construcción; apenas había ga-

nado unos cuantos jornales, que en su mayor parte mandó a su familia, cuando la caída de un terraplén le había quitado la vida de un modo hartamente cruel. Pasado bastante tiempo, lo supo su familia y es de suponer el efecto que produjo en ella la noticia.

Pasó un año. El sudor de la madre no bastaba a cubrir, ni siquiera medianamente, las necesidades de aquellos angelitos, que apenas vieron los resplandores de la luz del día, vieron también las fantásticas tenebrosidades de la vida. El pueblo, que se llamaba Aldeasufrida, era pobre de solemnidad; sus habitantes cultivaban un terreno semiestéril, y, lo que es más, no era siquiera de su propiedad.

Los jornales que se encontraban, eran escasísimos y pagados al elevado precio de tres reales, *en seco*, y trabajando desde el amanecer hasta no sé cuándo.

El héroe de nuestro cuento es Antoñito. La miseria se había enseñoreado de aquellos cuatro seres indefensos, y un día la madre vió sus fuerzas agotadas, y llorando, puso en las manos del niño una cestita, en la que había de depositar las limosnas que le dieran.

Toma—le dijo—y pide de puerta en puerta en nombre de Dios, que él no te abandonará, pues más eres que los pajarillos del campo que El sustenta; además, yo estoy segura que no te abandonará, pues que mientras trabajo con mis escasas fuerzas y mientras duermo a tus hermanas, se lo pediré, como las madres sabemos pedir.

Escasísimas eran las limosnas que el niño recogía en el pueblo, no por la falta de caridad de sus honrados habitantes, sino porque, aunque no tanto, eran también pobres. Antoñito, obligado por la necesidad, pedía también en otros pueblos cercanos al suyo. Era de verle; en los caminos parecía, junto a aquellas añejas encinas, una figura puesta allí por la naturaleza, que la hubiera concebido necesaria en aquel paisaje. El viento y el sol jugaban, entrelazándose con los rizos ondulados que, al caer, formaban sus cabellos.

Con frecuencia, el niño sufría las burlas y risas de chicos bárbaro-imbéciles, y a veces pasaba la noche en pueblos para él desconocidos, acurrucado junto a una puerta o, cuando más, en algún pajar que la caridad y compasión de algún labrador le proporcionaba.

Fatigado su cuerpecito, caía rendido, y muchas veces, mientras los árboles gemían, azotados por el viento, soñaba...

Unas veces soñaba que pasaba penas, hambre, frío, desprecio, todo reunido. Otras, al contrario, debía

vislumbrar grandes dichas, gozos inefables, no mezclados con el polvo de la tierra; y digo debía, porque entonces, en su carita, se dibujaba un gesto de alegría indefinible. A los dos o tres días volvía a su casa, llevando casi siempre un pan que, a toda costa, conservaba entero y que lo había adquirido con las monedas que le daban de limosna.

Más un día fué encontrado caído sin sentido. Las autoridades, provisionalmente, le recogieron para, después, enviarle a su pueblo natal, tan pronto como se supiera cuál era. Estuvo sin hablar dos días y se determinó mandarle al próximo pueblo de Valdearroyo, donde existía un Asilo para pobres transeúntes, que había fundado un generoso sacerdote, cuya aspiración no era adquirir mezquinos intereses, sino otra cosa muy diferente: hubiérale bastado la sola satisfacción de dar de comer al hambriento y de vestir al desnudo. Allí estuvo Antoñito cuatro días, al cabo de los cuales se hallaba repuesto y hasta se iba ganando el cariño de todo el pueblo. Una vez que se supo el nombre de su pueblo, fué enviado a él, no sin que sus ojos expresaran miles de veces gratitud a aquel cura simpático y a aquel pueblo tan hospitalario, pues que sus frases no sabían expresar tanto reconocimiento.

La madre, al ver la tardanza de su hijo, desfallecía cada vez más. Con frecuencia solía decir a Antoñito, que no pasara noche alguna fuera de casa; pero el buen deseo del niño unas veces y la imposibilidad material otras, eran la causa de su tardanza.

Era el día 24 de Diciembre. Atardecía. El tiempo estaba brumoso y se respiraba ese ambiente misterioso de los días de Navidad. Antoñito se acercaba a Aldeasufrida, habiendo ya sus ojos adivinado el lugar de su casita. En tanto, su madre, que le daba por perdido, comparaba la existencia de su hijo, con la de aquellos niños de los señoritos a que ella sirvió, allá, en sus buenos tiempos. ¡Qué fiestas de Navidad tan distintas las de unos y las de otros!

Ya el niño llegaba al umbral de su vivienda. Su madre, al verle, corrió hacia él y estrechándole entre sus brazos y no teniendo otra cosa que darle, depositó un beso en la frente de la cabeza de Antoñito, diciéndole al mismo tiempo, toma, hijo mío, tu premio de Navidad.

FELIPE FERNÁNDEZ DEL CAMPO.

Crónica del Marzo.

Durante el mes de Marzo, nos ha enviado Cristo Jesús, 2.750 mendigos al Asilo. Los gastos de

la tanda de ejercicios y para los pobres solamente, ascendieron a 533 pesetas, habiéndose pagado hasta hoy, las siguientes facturas:

343 kilos de pan.
92 ídem de arroz.
1.605 raciones de tocino.
40 cuartillos de aceite.
8 celemines de garbanzos.
10 ídem de lentejas.
3 arrobas de aceitunas.
6 kilos de bacalao.
10 paquetes de cigarros de 0,50.
Sal, pimienta, ajos, etc., 7 ptas.
Sueldo y propinas a cocineras y empleados, 40.
70 libras de carne.
10 arrobas de patatas.
6 celemines de alubias

EL MENDIGO publicará en su día, los gastos del año, con toda clase de detalles.

EL CURA DE VALDECARROS.

1.º de Abril de 1917.

Donativos recibidos.

Pesetas.

Don Miguel Nieto.	2,00
Don Román Maestre	1,00
Hijos de doña Joaquina García, una arroba de arroz.	
Una criada de servicio muy pobre.	0,10
Varios mendigos.	0,70
Un Sacerdote de la Unión Apostólica, un chaquet, sombrero y.	25,00
Una señora de Peñaranda.	2,00
Bienvenida Carabias, un pan	
Don Jesús Sancho, un pan.	
Dama salmantina, seis libras y media de tocino.	
Don Celedonio Sánchez Vicente.	5,00
Don Nicasio Rodríguez.	5,00
Don Agustín Peña.	10,00
Un señor amante de los pobres, por medio de don Paulino H. Sierra.	10,00
Don Timoteo Gómez.	10,00
Don Santiago Cebrián.	5,00
Doña Victoria Hernández, dos libras de chocolate.	
Eusebio Pérez, cuatro cuartillos de vino.	
Un devoto de la obra, 16 cuartillos de vino y un pan.	
Don Lorenzo Aniceto.	5,00
Una señora de las Conferencias.	5,00
Señoritas de Peláez.	5,00
Doña Pilar Murga.	5,00